

HISTORIA DE LA MUERTE Y ENTIERRO DEL CURIEL VICENTILLO, MUERTO EL 28 DE SEPTIEMBRE DE 1868

J. Francisco Fabián

(Publicado en septiembre de 2018 en la Revista de Fiestas de Béjar dedicada monográficamente a la Revolución de 1868)

Un hombre llegó al atardecer, descompuesto y alterado, a la plaza de Valdesangil procedente de Béjar, de donde, a pesar de la distancia, se habían oído explosiones y tiroteos sobrecogedores, corroborados por el testimonio directo de algunas mujeres con niños que habían llegado atemorizadas huyendo de la situación. El recién llegado vestía una chaqueta corta de tela gruesa, dejándose ver debajo de ella una camisa blanca con desgarros, sucia y manchada de sangre, sangre que, según aclaró, no era suya, porque no estaba herido. Como si le estuvieran esperando y, sobre todo, viéndole la cara de circunstancias, la gente fue arremolinándose en torno a él. Era joven, hablaba con dificultad haciendo grandes esfuerzos para ello, porque parecía haber perdido parte de la voz con la excitación. Después de oír lo primero que tenía que decir, algunos se retiraban de la primera fila con el gesto perturbado diciendo a los que llegaban: *¡Vicentillo, que han matado a Vicentillo!*, a lo que los que recibían la noticia se llevaban las manos a la cabeza espantados. Mala era la noticia de la muerte de un paisano tan joven, pero aún peor era la incertidumbre en los corazones de los que recibían la noticia por lo que, según decía aquel hombre, estaba pasando en Béjar: por los muertos que había y por el enfrentamiento tan cruel que se había dado y que tal vez continuara en los próximos días. Contaba que las tropas militares habían cargado en La Corredera y en la Puerta de la Villa a tiros y cañonazos contra la gente y que habían saqueado casas persiguiendo a los que se les enfrentaban y hasta habían violentado a mujeres. Según decía, los militares no habían distinguido entre luchadores, mujeres, niños y ancianos; se había peleado en La Corredera y en la Puerta de la Villa y entre unos y otros había muchos muertos y heridos, uno de los cuales era el pobre Vicentillo. Él le había visto cuando le llevaban al hospital instalado en la iglesia de San Gil; tenía mucha sangre en el cuerpo, iba ya muerto, podía asegurarlo. Había muerto en la Puerta de la Villa.

En esto apareció corriendo una mujer menuda, mayor, rondando los sesenta o más, toda vestida de negro, menos un mandil a rayas sobre el manteo y un pañuelo negro cubriéndole la cabeza. Al verla llegar gritando, sabiendo quién

era, se le hizo un pasillo que la condujo al recién llegado. Al oír lo que este le decía, dirigido ahora solo a ella, se llevaba las manos a la cabeza y otras veces se golpeaba en el pecho con desesperación, a la vez que la sujetaban algunas otras mujeres de las que se congregaban en torno a ella.

Una hora más tarde, la casa de aquella mujer, llamada Fermina Garay, era la más concurrida de Valdesangil. Hasta ella iban llegando hombres y mujeres con cara seria que saludaban primero a los que permanecían afuera y en el portal de la casa y, luego, descubiertos de la cabeza, si eran hombres, pasaban un momento a la cocina de la casa donde, sentadas en corro sobre sillas, tajos y tajuelas, se sentaban las dolientes, todas mujeres, en un ambiente tenue iluminado por velas, un candil y la luz de las brasas en la chimenea. Fermina, abatida y llorosa, exhalaba de vez en cuando *¡Ay mi hijo, ay mi Vicentillo, que me le han matado! ¡Ya no te vuelvo a ver!*, mientras era sujeta por sus familiares, insistiendo en detalles de su desgracia y de la oportunidad de haber ido el muchacho a Béjar aquel día, sabiendo de los peligros que había. Aquella mujer, que había parido once veces, que había perdido varios hijos al poco de nacer, como tanta otra gente y a quien nadie le había conocido desfallecimientos ante nada que significara trabajo y lucha sin descanso, ahora se encontraba abatida como nunca por el dolor. Al cabo de un rato llegó una moza joven con cara compungida y llorosa. Se asomó a la cocina y pidió a una de las mujeres que saliera afuera. Salió, hablaron un momento. La que había salido, volvió a entrar y habló un momento con su madre frente a frente en voz baja. La mujer asintió con la cabeza y la muchacha entonces entró dentro, besó a la anciana a la vez que pronunciaba unas palabras para ella, le hicieron un sitio entre todas y se sentó como una más de las dolientes. No se había hecho novia todavía de Vicentillo, pero llevaban desde hacía unos meses hablando.

A esa misma hora, los hombres de la familia y un vecino ya tenían casi todo dispuesto para ir a buscar el cadáver de Vicentillo a Béjar. Había oscurecido casi por completo, pero de ninguna manera iban a permitir que el muchacho pasara la noche solo, sabía Dios dónde y cómo. Lo encabezaba todo Ángel, el padre de Vicentillo, llorando solo por dentro, como lloraban los hombres. Nadie en aquellos momentos osaba contradecirle lo más mínimo en los preparativos, por entender que, como padre, poseía del dolor más grande y la pena más profunda. Había que velarlo como Dios manda esa misma noche y en su casa, con la familia. Aparejaron las caballerías, cargaron el ataúd de la cofradía de las Ánimas, las cuerdas necesarias para amarrarlo y poco después cruzaron el pueblo camino de Béjar alumbrados por faroles. Había poca luna y la poca que había, aparecía y desaparecía entre las nubes densas que presagiaban el otoño. A su paso, la pequeña comitiva de hombres era saludada con gesto serio y de dolor por los que se cruzaban. El camino a Béjar estaba oscuro, pero lo

conocían tan bien ellos y los animales, que poca falta hacían los faroles para alumbrarse. En el silencio solo se oían sus pasos y los de las caballerías. Únicamente, alguna vez, aprovechando que no se veía, se oyó el gimoteo de alguno de ellos, llorando en silencio ante la cruda realidad de que nunca más volverían a ver vivo a Vicentillo. También se oía alguna vez, con palabras sueltas, casi imperceptibles, la voz entre dientes del padre, quizá jurando y maldiciendo algo para sus adentros.

Ya en las proximidades de Béjar, controlando el camino a Ciudad Rodrigo, poco antes de cruzar el río Frío, les detuvo un piquete de mozos armados con escopetas que salió de la oscuridad. Les dejaron pasar enseguida amablemente sabiendo a lo que iban. Como les habían explicado que casi todas las calles cercanas a La Corredera estaban taponadas por barricadas y otros obstáculos temiendo la vuelta del ejército, que parecía haberse replegado de momento a la zona de Vallejera, condujeron a las caballerías por las Cuestas de Campopardo, para salir directamente a la ronda camino del hospital improvisado en la iglesia de San Gil. Había gente por las calles con cara de inquietud que iba y venía portando faroles encendidos, algunos conduciendo carros cargados de tablones y sacos terreros para construir barricadas, pero también otros, expectantes e intranquilos, asomados a las puertas y a las ventanas, mirando todo lo que pasaba, como si esperaran que algo nuevo y malo fuera a suceder en cualquier momento. Se respiraba en el aire, a oleadas, olor a pólvora y a fuego.

En el hospital de sangre de la antigua iglesia de San Gil se agolpaba la gente. A la vez que unos salían, otros entraban. A la puerta, algunos hablaban en torno a una hoguera cuyas llamas iluminaban sus caras mostrando gestos graves que hacían entender mejor la situación. A la luz de los faroles se vio a alguno salir con vendajes apoyándose en los hombros de otros. Dentro ya de lo que fue en tiempos la nave de la iglesia, todo era un ir y venir de personas, orientados por la luz de faroles, velas, cirios y alguna antorcha, iluminando jergones en el suelo y en los que yacían heridos con vendajes en el cuerpo y en la cabeza, rodeados de familiares, sobre todo mujeres, de las que algunas eran monjas. Un murmullo grande se oía desde todas partes; a veces eran lamentos y, también, las voces de quienes se esforzaban por organizar aquella vorágine.

A cargo de las caballerías y del ataúd se quedó el vecino que les había acompañado, mientras que el padre y los dos hijos iban abriéndose paso entre la gente. Preguntaron a un cura que asistía a un enfermo por el lugar donde tenían a los muertos. *Busco a mi hijo muerto, Vicente Sánchez Plorijo*, dijo con entereza. El cura le indicó que debía dirigirse a un hombre sentado en una mesa, prácticamente disimulado entre el gentío. Era un hombre mayor, con la cara redonda, poco pelo, blanco y alborotado, sentado en una mesa a la luz de una

vela, en la que escribía algo en un pliego de papel. *Busco a mi hijo muerto*, le dijo. *¿Quién le busca?*, respondió. *Su padre, Ángel Sánchez Plorijo, de Valdesangil*. El hombre suspiró, se levantó, tomó la vela encendida que había encima de su mesa y pidió que le acompañaran. Por el camino dijo que había tres muertos que hasta ese momento nadie había reclamado y de los que desconocía su identidad. Les llevó a una antigua sacristía cerrada con llave, que al iluminarse con la luz que portaba el hombre, dejó ver tres cuerpos tendidos en el suelo sobre una manta. Ángel se dirigió enseguida a uno de ellos, el más joven, cuyos ojos no habían sido cerrados del todo, de manera que iluminado por la luz parecía estar mirando. A su lado otro tenía toda la cara llena de sangre seca. El tercero parecía solamente dormido. Los tres hombres se arrodillaron. El padre, mordiéndose los labios, tomó la mano fría del muerto y le observó, a la vez con la otra mano cerraba por completo sus ojos. La sangre seca le cubría el pecho, pegando la camisa a la piel en una mancha que a la luz de la vela era negra y fea; tenía el pantalón desgarrado en una de las piernas, de donde asomaba también sangre seca y le faltaba una bota. Murmuró unas palabras antes de inclinarse a besarle. Conocía bien de otros besos anteriores la frialdad en la piel de los muertos, que transmite la certeza sobrecogedora de la muerte. Los otros hombres le observaron sin decir nada y no se inclinaron a besar al muerto hasta que el viejo se hubo levantado, mordiéndose de nuevo los labios y murmurando algo que tampoco ahora se entendió. Luego, los dos hermanos se agacharon para besar el cadáver. Uno estalló en un llanto, el otro le tomó del brazo como recordándole que no debía llorar, porque los hombres no deben llorar.

De camino a la salida, portando entre dos el ataúd a hombros, se abrían paso entre las gentes, que al verlos se santiguaban consternados. Al pasar delante de un cura este les paró para rezar algo, hizo finalmente la señal de la cruz dirigida al cadáver y prosiguieron. Lo ataron fuertemente al aparejo de uno de los burros y partieron. No era prudente ahora bajar por la Cuesta de Campopardo de noche, de modo que lo hicieron por la ronda abajo hacia La Corredera, atravesando alguna de las barricadas, construida con carros destartados, piedras y sacos terreros, vigiladas por uno o dos hombres de guardia. Luces de farol iban y venían como espectros por las calles; hogueras en algunos puntos en torno a las que se agrupaban hombres que comían, bebían vino y fumaban, algunos envueltos en mantas; mozos armados con gesto desafiante que miraban a todos los que pasaban; voces que no se sabía de dónde venían y los cuatro hombres, dos montados sobre un burro y dos escoltando a pie al que portaba el ataúd, enfilaron calle abajo camino del puente, donde otro grupo vigilaba, envueltos en capotes, dejando ver sus armas colgadas del hombro. Algunos hombres se les acercaban, se santiguaban al ver el ataúd sobre los lomos del burro y cruzaban con ellos breves palabras.

Visto desde la lejanía, una luz, como un lucero, se movía lenta en la primera rampa del camino a Valdesangil vista desde el puesto de vigilancia de Campopardo. Apenas hablaban entre ellos ascendiendo, solo lo más imprescindible. El ruido era, casi únicamente, el de las bestias rozando las pezuñas con las piedras del camino en la oscuridad, solo iluminada por el hombre que, portando un farol, encabezaba la marcha a lomos del animal. Cuatro hombres, dos caballerías, un ataúd y la noche de septiembre. Su sombra quedaba proyectaba dibujando en el suelo espectros, cada vez que salía la luna entre los nubarrones y su luz se unía a la del farol para iluminar más el camino. Se respiraba humedad. De vez en cuando alguna gota de agua hacía presagiar que pudiera llover.

Alguien, vigilando su llegada en la entrada del pueblo, les vio, aún desde lejos, por el Arenal y fue a avisar. *¡Qué ya llegan! ¡Que ya le traen!* Cruzando el pueblo, la gente, que estaba pendiente de ello, salía a las puertas y se santiguaban. Aquella madre que esperaba salió a buscarlo enloquecida. *¡Ay mi hijo, que me lo han matado con solo dieciocho años! ¡Bandidos, canallas, no tenéis perdón!*, decía abrazándose al ataúd atado a una de las caballerías. Un grupo de gente presenciaba la escena desde la puerta de la casa. Los hijos contuvieron a la madre en su desesperación y el padre, sin decir una palabra, llevó al animal cargado con el ataúd a la puerta de la casa. Varios hombres que esperaban se prestaron a ayudarle para desamarrar la caja. Encima de la mesa de la cocina la colocaron. Nadie pudo convencer a la madre de que no fuera ella la que lavara el cadáver de su hijo. Tenía que ser ella, que lo había parido y criado. Sacaron el cuerpo frío del ataúd. Allí estaba Vicentillo, el pobre Vicentillo, muerto para siempre, yerto, sin afeitar, con la sonrisa habitual perdida en la cara profundamente pálida, manchada de la sangre caída por la frente a través del pelo, donde, seca, se hacía pegotes. Estaba vestido con su chaquetilla y lo que fue una camisa blanca, ahora casi solo una única mancha oscura de sangre seca. No había consuelo para aquella madre abrazada al hijo muerto hasta que llegó el marido y la tomó del brazo. *Vamos mujer, ya no hay remedio. Lávale pa que le veamos.*

Entre la madre, una hermana y otras mujeres de la familia, le desnudaron de medio cuerpo. Estaba reventado. Aquella herida abierta en el cuerpo de un joven tan joven estremecía contemplarla. *¿Por qué te tuviste que ir si sabías el peligro que había? ¿por qué te dejamos? ¡Ay, Dios mío, ¡Ay mi Vicentillo!*, exclamaba desesperada sin consuelo.

El cuerpo lavado y envuelto en un sudario fue colocado dentro del ataúd sobre la mesa. Le pusieron un pañuelo atado a la cabeza para que no se le abriera la boca. Encendieron las velas y dos cirios que trajeron de la cofradía de las Ánimas. Solo entonces dejaron que la gente fuera entrando a verlo y a

despedirle. La madre, una hermana y el resto de las mujeres de la familia sentadas en sillas contra la pared, recibían a los que iban llegando entre sollozos y suspiros, según quién fuera. Uno de ellos fue el cura, don Manuel Gómez Rico, llegó con dos monaguillos, uno portando una cruz de plata en el extremo de un vástago de madera y el otro con el caldero de agua bendita y el guisopo para las bendiciones. Se pusieron todos en pie, entraron el padre y los hermanos que estaban en el portal de la casa y el cura bendijo en latín al cadáver. Luego se marchó y las mujeres volvieron a estar con las mujeres en la cocina y los hombres con los hombres en el portal.

La noche se hizo muy larga para los dolientes. Temprano llegó una mujer con pan reciente y patatas revueltas con pimentón para que comieran algo. La madre apenas lo probó, solo bebió un poco de leche migada con pan. El padre y los hermanos, cuando llegaron de ordeñar las cabras, comieron el resto en la cocina, con Vicentillo dentro del ataúd encima de la mesa. Comieron en silencio, porque si el padre no hablaba, nadie hablaba. Solo lo rompía algún suspiro de la madre o la llegada de alguien que entraba a dar el pésame y estar un poco con la familia antes del entierro.

La madre y la hermana menor despidieron a Vicentillo con un llanto desgarrado. No querían separarse de él. El padre y los hermanos con un beso y una última mirada a aquella cara con el gesto descompuesto y profundamente pálida que ya nunca más volverían a ver. Estaban cerrando el ataúd cuando sonaron los primeros toques de campana llamando al entierro. Llegaron entonces los miembros de la cofradía con las parihuelas y cargaron el ataúd camino de la iglesia. En la comitiva, las mujeres se apoyaban las unas en las otras compungidas y llorosas. Las seguían los hombres, caminando con la cabeza alta, la mirada baja y el gesto serio e imperturbable. Les esperaban muchos hombres a la puerta de la iglesia haciendo un pasillo. Al final del pasillo estaba el cura con los dos monaguillos y el sacristán para recibir al cadáver. Tras una jaculatoria, todos entraron dentro y terminaron de ocupar la iglesia, donde hasta ese momento había solo mujeres. Algunos hombres tuvieron que quedarse fuera. Las campanas dejaron de tocar a muerto y empezó la ceremonia.

En el cementerio, el enterrador y su hijo, que habían estado cavando la fosa, ayudaban a terminar de clavar las puntas de una especie de ataúd confeccionado con unas pocas tablas viejas, porque la madre del muerto se había empeñado en que su hijo no tenía que descansar sobre la tierra misma. Los tres debatían sobre la muerte de Vicentillo, sobre si era cierto que había muerto como revolucionario liberal o había sido como consecuencia ocasional de los desmanes del ejército en la zona de La Corredera y la Puerta de la Villa, a donde había acudido, según se decía, por un mandado de su padre. El muchacho había

oído decir que Vicentillo se había encendido cuando vio cargar al ejército contra los inocentes y eso le había llevado a enfrentarse. Pero se decían muchas cosas desde que se supo su muerte y seguramente buena parte eran solo conjeturas que enseguida se convertían en certezas. El hombre que acompañaba al padre y al hijo, según dijo que se decía, a Vicentillo le quemaba por dentro la situación de carencias que atravesaba su familia y le encrespaba más aún que se hubiera prohibido el mercado de los domingos en Béjar, privándoles de la posibilidad de vender algún cabrito o manzanas en el mercado que se organizaba a la entrada de la villa. Eso le había hecho unirse a los liberales. *El caso es que el pobre Vicentillo está muerto, sea por la razón que sea, y eso ya es para siempre*, sentenció el enterrador. Poco después, las campanas empezaron a tocar de nuevo a muerto, señal de que la comitiva emprendía el camino del cementerio. Las mujeres se quedaron ya en la casa del muerto y la procesión de hombres detrás del cadáver y el cura llegó al cementerio portando el ataúd en las parihuelas. Allí rodearon la fosa, con el cura, el sacristán, los monaguillos, el presidente de la cofradía portando el estandarte y los principales dolientes en primera fila. Sacaron el cadáver de Vicentillo envuelto en el sudario y lo descendieron a la fosa, en cuyo fondo habían colocado la especie de ataúd recién fabricado. A los pies, colocaron un cráneo y algunos huesos que habían salido al excavar la fosa. El cura rezó las oraciones pertinentes, colocaron un paño de lino sobre la cara del muerto para que no le impactara la tierra directamente sobre la piel y el enterrador empezó a cubrirlo. Al principio suavemente y luego a paladas más rápidas, ayudado por su hijo. El padre lo contemplaba con la cabeza baja, sin apartar la mirada, con las manos unidas y apretando la boca. Cuando comprendió que todo había terminado, el cura dio media vuelta y salió con los monaguillos y el hombre que portaba el estandarte de la cofradía. Los demás no se fueron de allí hasta que la fosa quedó colmatada. Al disponerse a hacer el túmulo, uno de los hijos cogió del brazo a su padre y le incitó a retirarse. Entonces salieron todos. El padre, con la cabeza baja, caminaba como si no estuviera donde estaba. Al llegar a casa, cambió la ropa que llevaba por la de trabajar y sin decir nada, salió camino de la cuadra. *No le dejéis solo*, dijo una de sus hijas a los hermanos que habían regresado con él del cementerio. *Descuida*, respondió.

Vicentillo, fue Vicente Sánchez *Prorijo* Garay. Había nacido el 30 de enero de 1850, de Ángel Sánchez *Plorijo* Martín *Manjarrés*, natural de Valdesangil y de Fermina Garay Chapa, nacida en Lagunilla. *Plorijo* y *Manjarrés* eran vulgos que se unían a los apellidos en los curieles de toda la vida. Significaban una forma de identificación familiar transmitida de generación en generación, que a menudo el cura confundía en las actas de bautismo con apellidos reales. Fermina y Ángel se habían casado en torno a 1830. Entre 1833 y 1852 tuvieron 11 hijos, de los que Vicentillo fue el noveno. Dada la alta mortalidad infantil que se registraba, es posible que una parte de los nacidos del matrimonio muriera antes de los 2 años. Vicentillo no ha pasado a la historia junto

con los demás muertos identificados como mártir de la Revolución del 68. En un documento de aquellos días, firmado por un tal Saturnino Argenta solo se dice "Ingresó muerto de la Puerta de la Villa un chico de Valdesangil que decían llamarle Vicentillo"; lo llevaron al hospital de sangre de San Gil. (Ignacio Coll Tellechea encontró el documento que atestigua su muerte el 28 de septiembre de 1868).

Vicente de Angel Floriso
y Fermina Garay. 1850

En el lugar de Valdesangil parroquia
dinte a la Prov^a de Salam^a y obispado de Plasencia a uno de
Fiebre de mil ochocientos cincuenta y ocho Juan Juan Argenta,
cura canonigo de la sp^{ta} parroquia de Sta Maria de las Hermandades
de dho lugar, bautizo solemnemente a un niño, q^e nació a
las cinco de la tarde del día treinta de Enero de dho año:
Niño legitimo de Angel Floriso, de oficio labrador, y Fermina
Garay, naturales del mismo lugar: siendo sus abuelos paternos
Matthias Floriso, y Leocadia Manjares, naturales del
mismo lugar: maternos Santiago Garay, natural de Plasencia,
y Juliana Chapa, natural del Palomar: se le puso p^r
nombre Vicente, y fue su madrina Doña Maria Carreras,
muger de Vicente Pison, de oficio pastor, vecinos de Val
desangil, a la q^e adverti el parentesco espiritual y obli
gato, q^e p^r el se contraen: siendo testigos Bernardo
San Aniceto, y Juan Co^{mo} M^{aria}, de oficio labrador, de
la misma vecindad. y p^r q^e conste verdad, y autor
nise la presente partida en el libro de bautizados
de esta parroquia a uno de Fiebre de mil ochocien
tos y cincuenta. Juan Juan Argenta

Acta de nacimiento de Vicentillo en el registro parroquial de Valdesangil.